

gun almacén de modas, impedídselo; no podrán faltarla sombreros, puesto que durante el mes anterior ha comprado treinta y ocho.

Y tocando amistosamente con la mano en la mejilla de Eduardo, despidió con un saludo á las dos señoras.

VII.

El hijo del molinero de Kerleane.

Hemos dicho que cuando Morgan y sus tres compañeros detenian la diligencia de Ginebra, entre Bar-sur-Seine y Châtillon, entraba á poca diferencia Roland en Nantes.

Para saber el resultado de su mision, mejor que irle siguiendo paso á paso por entre las conferencias, en las que cuidaba el abate Bernier de ocultar sus ambiciosos designios, será salirle al encuentro en Muzillac, situado entre Ambon y el Guerno, dos leguas mas allá del pequeño lago donde va á precipitarse el Vilaine.

Allí nos encontraremos en pleno Morbihan, es decir, en el sitio donde tuvo origen la *Chuaneria*, cerca de Laval, donde se extendieron los descendientes de Pedro Cottereau y de Juan Moyne, los cuatro hermanos *chuanes*. Uno de sus antepasados, leñador misántropo, trabajador moroso, vivia alejado de sus convecinos, del mismo modo que el mochuelo

(*chat-huant*) se aparta de los demás animales. De ahí viene, por corrupcion, el nombre de *Chouan*. Extendióse mas tarde este nombre á todo un partido; en la ribera derecha del Loira se usa la denominacion de *chuanes* para designar á los bretones, así como se aplica en la ribera izquierda el nombre de *brigantes* para designar á los vendeanos.

No entra en nuestro objeto referir la muerte, la destruccion de aquella heroica familia, ni seguir hasta el cadalso á las dos hermanas y al hermano, como ni tampoco en los campos de batalla donde caen muertos ó heridos Juan y Renato, mártires de su fe. Muchos años han trascurrido desde las ejecuciones de Renato y de Pedro, desde la muerte de Juan, y por lo tanto el suplicio de las hermanas y las hazañas de los hermanos no podrian ofrecer mas interés que el de una curiosa leyenda. De sus sucesores pensamos únicamente ocuparnos. Verdad es que seria imposible pasar en silencio su fidelidad á las tradiciones; con el mismo ardor manifestado antes combatiendo á las órdenes de La Rouerie, de Buas-Hardy y Bernardo de Villeneuve, les vemos hoy combatir á las órdenes de Bourmont, Frotte y Jorge Cadoudal; igual es el valor, idéntica la adhesion; son aun los soldados cristianos y los realistas exaltados; en nada ha cambiado su aspecto rudo y salvaje; sus armas son todavía las mismas, el fusil ó un sencillo palo, llamado en el país una *ferte*; tampoco ha cambiado en lo mas mínimo su traje, es decir, el gorro de lana parda ó el sombrero de anchas alas, suficientes apenas

para cubrir los largos cabellos que caen en desórden sobre sus hombros; son aun los antiguos *Aulerici Cenomani*, como en tiempo de César, *promisso capillo*; son todavía los bretones de anchos calzones de quienes ha dicho Marcial:

« Tam laxa est.....

Quam veteris bracæ bretonis pauperis. »

Para resguardarse de la lluvia y el frio, visten un ancho sobretodo de pieles, y como señal de su realismo ostentan sobre el pecho un escapulario, unos rosarios ó el corazon de Jesús, señal distintiva de una cofradía que se reúne cada dia para obrar en comun.

Tales son los hombres que á la hora en que atravesamos el límite que separa el Loira inferior de Morbihan se hallan extendidos desde la Roca-Bernardo hasta Vannes, y desde Quertemberg hasta Biliers, rodeando por consiguiente la villa de Muzillac.

Solo el ojo del águila que domina desde elevadas regiones la llanura, ó del gato montés que ve en medio de las tinieblas, era capaz de distinguirlos en medio de los bosques, de las matas y malezas en que se hallaban ocultos.

Atravesemos esta larga fila de centinelas invisibles, y salvando los dos arroyos que van á perderse en el rio sin nombre que desemboca en el mar á corta distancia de Biliers, entre Arzal y Damgan, entremos sin vacilar en el pueblo de Muzillac. Reina en él un profundo silencio y la mas completa

oscuridad, una sola luz se descubre á través de las ventanas de una casa, ó mejor de una choza, que en nada se distingue de las demás. Era al entrar la cuarta á mano derecha. Aproximémonos á una de las ventanas para ver lo que pasa en el interior. Preséntase á nuestra vista un hombre vestido al estilo de los ricos labradores de Morbihan; únicamente un galon de oro, de un dedo de ancho, adorna el cuello y las bocamangas de su traje y los bordes de su sombrero. Un ancho pantalon de piel y altas botas de montar completaban su traje. Veíase sobre una silla el sable, y un par de pistolas al alcance de su mano. Estaba sentado á una mesa frente de la chimenea en que ardía un buen fuego, leyendo con la mayor atencion algunos papeles á la luz de una lámpara que iluminaba su rostro.

Era al parecer de unos treinta años, y cuando las contínuas zozobras de una guerra de partido no nublaban su semblante, conocíase que presentaba una expresión franca y alegre; rodeábanle hermosos cabellos rubios, animábanle unos grandes ojos azules, tenia su cabeza la forma peculiar de las cabezas bretonas, las cuales, si hemos de creer el sistema de Gáll, presentarán sin duda un desarrollo extraordinario en los órganos de la tenacidad. Por esta razon, quizás dábase á este hombre dos diferentes nombres: el mas familiar, con el que era constantemente designado por sus soldados, era el de Cabeza redonda; el que habia recibido de sus dignos y honrados padres, Jorge Cadudal, ó mejor, Jorge Cadoudal, que es como la tradicion, alterando la ortografía, lo ha entregado á la historia.

Jorge era hijo de un labrador del pueblo de Kerleano en la parroquia de Brech. Las leyendas del país pretenden que este labrador era al mismo tiempo molinero. Enviado desde sus primeros años al colegio de Vannes, distante algunas leguas de Brech, recibió una esmerada y sólida educación, cuando estallaron en la Vendee los primeros síntomas de la insurrección realista. Entusiasmóse Cadoudal á favor de aquella causa, y reuniendo algunos de sus amigos y condiscípulos, púsose al frente de ellos, y atravesando el Loira, fué á ofrecer sus servicios á Stofflet. Stofflet empero antes de admitirlos definitivamente quiso cerciorarse de su decision, que era precisamente lo mismo que deseaba Jorge. Poco se hacian aguardar tales ocasiones en el ejército vendeano: al dia siguiente vióse sériamente atacado por sus enemigos. Tanta intrepidez y buena disposicion mostró Jorge en aquel encuentro, que el antiguo cajero de Mr. de Maulevrier no pudo menos de decir en alta voz á Bonchamp que estaba á su lado

—Si alguna bala de cañon no se lleva esa *cabeza redonda*, irá muy léjos, yo os lo pronostico.

Desde entonces quedó á Cadoudal el nombre con que le habia designado el general en jefe; no de otra suerte vaticinaron cinco siglos antes sir Malestroid, sir Penhoet, sir Beau-manoir y sir Rochefort al gran condestable, cuyo rescate fué debido á las mujeres de la Bretaña.

—Ved la cabeza redonda, decian, no faltarán sendas cuchilladas con los ingleses.

Por desgracia estas cuchilladas no las descargaban ahora bretones contra ingleses, sino franceses contra franceses. Permaneció Jorge en la Vendee hasta la derrota de Sabenay. Todo el ejército vendeano se hallaba reunido en el campo de batalla, donde se disipó como el humo. Por espacio de tres años habia Jorge hecho prodigios de valor, de astucia y serenidad; volvió á pasar el Loira regresando á Morbihan con uno solo de los que le habian seguido.

Este será en lo sucesivo su ayuda de campo ó mejor su compañero en la guerra; no se separará ya de su lado, y en memoria de la ruda campaña que hicieron juntos, cambiará su nombre de Lemercier con el de Tiffanges. Le hemos encontrado ya en el baile de las víctimas, encargado de una importante mision para Morgan.

Vuelto á su país natal, fomentó desde entonces Cadoudal la insurreccion por su propia cuenta; las balas de cañon respetaron la cabeza redonda, la cual, justificando la profecía de Stofflet, sucediendo á La Rochejaquelein, á Elbee, Bonchamp, Lescure y al mismo Stofflet, llegó á ser el rival de todos en gloria, á todos superior en poder, pues para tener una idea aproximada de la altura á que se habia elevado, basta recordar que luchó casi solo contra el gobierno de Bonaparte, nombrado primer cónsul despues de tres meses. Los dos jefes que con él permanecieron fieles á la dinastía de los Borbones fueron Frotte y Bourmont.

En la época á que nos referimos, esto es, á los 26 de ene-

ro de 1800, Cadoudal mandaba tres ó cuatro mil hombres, con los cuales se disponia á sitiar en Vannes al general Harty. Mientras estuvo aguardando la contestacion del primer cónsul á la carta de Luis XVIII, suspendió las hostilidades; pero hacia dos dias que habia llegado Tiffanges con la esperada respuesta.

Trasmitióse en seguida á Inglaterra desde donde debia pasar á Mittau, y toda vez que el primer cónsul no aceptaba la paz con las condiciones dictadas por Luis XVIII, Cadoudal, general en jefe de Luis XVIII en el Oeste, continuaria la guerra contra Bonaparte, aun cuando debiese hacerla solo con su amigo Tiffanges, ausente á la sazón en Pouance, donde se celebraban las conferencias entre Chatillon, Autichamp, el abate Bernier y el general Hedouville.

Hallábase absorto en una profunda meditacion, pues las noticias que acababa de recibir eran de suma gravedad. Acababa de ser nombrado general en jefe de los ejércitos republicanos del Oeste, y habia llegado tres dias antes á Nantes el general Brune, el vencedor de Bergen y Castricum, el salvador de la Holanda, quien venia resuelto á todo trance á acabar con Cadoudal y sus chuanes. Por su parte habia este resuelto tambien probar al nuevo general en jefe que no le temia, y que nada debia esperar de la intimidacion.

Oyóse en aquel instante el galopé de un caballo; sin duda tendria el jinete el santo y seña, puesto que habia atravesado sin dificultad todo el camino hasta Muzillac. Detúvose delante

de la puerta de la choza en que se hallaba Jorge. Levantó este la cabeza, aplicó el oído cogiendo maquinalmente las pistolas, aun que presumia seria un amigo el que llegaba.

Echó el ginete pié á tierra, abriendo sin ceremonia la puerta del cuarto donde estaba Cadoudal.

—Ah! eres tú *Corazon de Rey!* dijo Jorge, de dónde vienes?—De Pouance, general.—Qué noticias traes?—Una carta de Tiffanges.—Dame.

Tomó Jorge vivamente la carta que le alargó *Corazon de Rey* poniéndose en seguida á leerla.

—Ah! exclamó.

Y leyó la carta por segunda vez.

—Has visto á ese cuya llegada me avisan? preguntó Cadoudal.—Sí, general, contestó el mensajero.—Qué clase de hombre es?—Un lindo jóven de veinte y seis á veinte y siete años.—Qué aire presenta?—Resuelto, determinado.—Esto es; cuándo llegará?—Probablemente esta misma noche.—Lo has advertido á toda la línea?—Sí; se le dejará pasar libremente.—Repetirás el aviso, pues no ha de sucederle el menor mal: Morgan se interesa por él.—Corriente, general.—Tienes algo mas que decirme?—La vanguardia de los republicanos está en Roche-Bernard.—Cuántos son?—Mil á poca diferencia; va con ellos una guillotina y el comisario del poder ejecutivo Milliere.—Estás seguro de lo que dices?—Como que les he encontrado por el camino; el comisario iba á caballo al lado del coronel, y le he conocido perfectamente.

Ha hecho ejecutar á mi hermano, y yo tengo jurado que ha de morir á mis manos.—Y te hallas dispuesto á arriesgar la vida para cumplir tu juramento?—Siempre, y en todas partes.—Tal vez no tarde á presentársete la ocasion.

Oyóse en aquel momento el ruido de un caballo en la calle.

—Ah! dijo Corazon de Rey, ahí tenemos probablemente al que estais aguardando.—No, contestó Jorge, el que llega viene de la parte de Vannes.

En efecto, oyéndose mas distintamente el ruido, fué fácil conocer que Cadoudal tenia razon. Al igual que el primero, detúvose el segundo jinete frente la puerta, como el primero echó pié á tierra, entrando con toda libertad en la casa. Reconocióle Jorge al primer golpe de vista, á pesar de la gran capa en que iba envuelto.

—Eres tú, Benedicto? le dijo.—Sí, mi general.—De dónde vienes?—De Vannes, donde me habeis enviado para vigilar á los republicanos.—Y bien, qué están haciendo?—Temerosos sin duda de perecer de hambre si sitiáis la ciudad, tiene el proyecto el general Harty de procurarse víveres saqueando los almacenes de Grandchamps; el mismo general dirigirá en persona la expedicion, y á fin de que pueda obrar con mas rapidez, llevará únicamente á sus órdenes una fuerza de cien hombres.—Te sientes fatigado, Benedicto?—No, mi general.—Y tu caballo?—Bien es verdad que hemos venido pronto, pero podria aun resistir una marcha de cuatro

ó cinco leguas.—Déjalo descansar dos horas, dale doble pienso y que ande bien.—Con estas condiciones las andaré.—Dentro de dos horas volverás á salir á fin de que puedas hallarte en Grandchamps apenas amanezca; darás en mi nombre la órden de desocupar el pueblo, yo me encargo del general Harty y de su columna: tienes algo mas que decirme?—No; una sola noticia he de comunicaros.—Cuál?—Que hay en Vannes un nuevo obispo.—Ah! querrán tal vez devolvernos nuestros prelados!—Así parece; pero si son todos como ese, harian muy bien en guardárselos.—Quién es pues?—Andrein!—El regicida?—Andrein el renegado.—Y cuándo llega?—Esta noche ó mañana.—No iré yo á su encuentro, mas que se guarde de caer en manos de mis soldados.

Benedicto y Corazon de Rey soltaron una carcajada, que vino á completar el pensamiento de Jorge.

—Chit, dijo Cadoudal.

Pusiéronse los tres á escuchar.

—Esta vez si que es él, dijo Jorge.

Oyóse efectivamente el galope de un caballo, viniendo de la parte de la Roche-Bernard.

—No hay duda, él es, añadió Corazon de Rey.—Bueno, amigos míos, dejadme solo; tú, Benedicto, á Grandchamps lo mas pronto posible; tú, Corazon de Rey, en el patio con treinta hombres; tendré quizás necesidad de enviar mensajeros en distintas direcciones: á propósito, cuida de que me traigan algo para cenar, lo mejor que se encuentre en el

pueblo.—Para cuántas personas, general?—Para dos.—Vais á salir?—No, salgo tan solo á recibir al que llega.

Dos ó tres palafreneros invisibles se habian ya encargado de conducir á la cuadra los caballos de los dos *chuanes*, quienes se retiraron tambien. Salió Jorge á la puerta de la calle al mismo instante que, deteniendo el que llegaba su caballo, iba mirando por todos lados como buscando alguna señal.

—Es aquí caballero, dijo Jorge.—Qué es aquí? preguntó el recién llegado.—El que buscáis.—Cómo sabéis á quien busco?—Supongo que es á Jorge Cadoudal, repuso el general realista.—Es verdad!—Sed pues bienvenido, monsieur Roland de Montrevel, pues es á mí á quien buscáis.—Ah! ah! dijo el jóven echando pié á tierra, y pareciendo buscar con la vista á quien entregar el caballo.—Echadle la brida al cuello y no paseis por él cuidado alguno, volveréis á encontrarlo cuando lo necesiteis; nada se pierde en Bretaña, estais en el país de la lealtad.

Hizo el jóven lo que se le prevenia siguiendo en silencio á Cadoudal, que iba delante de él.

—Es para enseñaros el camino, coronel, dijo el jefe de los *chuanes*.

Entraron así los dos en la casa, en la que una mano invisible acababa de avivar el fuego.

VIII.

Diplomacia de Jorge Cadoudal.

Entró Roland, como hemos dicho, siguiéndolo á Jorge, tendiendo al penetrar en el cuarto su mirada con indiferente curiosidad.

Bastóle no obstante esta mirada para conocer que se hallaban enteramente solos.

—Teneis ahí vuestro cuartel general? preguntó Roland sonriendo y arrimándose á la chimenea.—Sí, coronel.—Lo teneis maravillosamente guardado.

Sonrióse Jorge á su vez.

—Os obligará, le dijo, á expresaros así el haber encontrado el paso libre desde la Roche-Bernard hasta aquí?—Tan libre que no he visto en todo el camino alma viviente.—Sin embargo, esto no prueba que el camino no estuviese vigilado.—Si es que os sirven de vigilantes los mochuelos y los buhos, que parece iban siguiendo mis pasos para acompañarme, diré que teneis razon.—Precisamente, contestó Cadoudal, los buhos y los mochuelos son mis centinelas, á los cuales es imposible sorprender, pues tienen sobre los hombres la ventaja de ver en medio de la oscuridad.—Con todo, si no me hubiese bien informado en Roche-Bernard,